

Versaciones de un chupaplumas

Considerar cuál pudiera ser

[1]



la actitud de mi amigo (su reacción, quiero en realidad decir y lo que, también en realidad, era **lo que verdaderamente me importaba**) y, por extensión o de rechazo, la de la mendiga del agua o las de la psicoterapeuta y de su novio polaco — personajes en verdad muy secundarios pero que su razón de ser tendrían *en un mundo tan complejo*, le dije a mi amigo, *como es el nuestro* — o, infinitamente más



difíciles de solucionar¹, las de los niños, tan rebeldes como suelen ser los niños, o las de Manolita o Indalecio o, más complicado si cabe, la de mi tía, que se pondría hecha un verdadero basilisco en cuanto se enterase de que , sintiéndolo mucho, su capitán no entraba en nuestro... digamos “proyecto”.

¹ Aunque eso no quise mencionarlo de momento para que no me echase en cara mi negativa — tan reciente como estaba la discusión en cuyo fondo latía (en sentido figurado y siendo, desde luego, sumamente observador quien se percatase del latido) el asunto del pingüino enmascarado (porque hay que reconocer que enmascarado) tras el bacalao que, aunque hubiese sido salmón noruego, todavía le estaría quedando lejos — a desplazarnos a las tierras altas de Escocia para cometer un asesinato que ya, con la que se nos avecinaba y mejor no pensarlo...

—Eso — dijo mi madre, tan castradora siempre —, tú no pienses en las oportunidades que le estaría abriendo a tu futuro profesional el cometer, total tan lejos y donde nadie te conoce, un asesinato de alguien, que como encima ni conoces, ¿quién podría sospechar de ti? Pero tú no lo pienses; tú no lo pienses porque, que a quién habrás salido, nunca fuiste capaz de pensar algo práctico.

Así que, y aunque sigo pensando que lo mejor sería no pensarlo, a lo mejor me decido a pensarlo, aunque tan solo sea por llevarle la contraria. Que me tiene muy harto.